

Belleza del silencio

Rebeca Reynaud

Vamos a exponer lo que algunos autores profundos escriben sobre la belleza del silencio, necesario en la vida de cada ser humano para conocerse a sí mismos y a Dios.

“Se necesitan dos años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar”, decía el escritor estadounidense Ernest Hemingway. El filósofo francés, Louise Lavelle, escribe: “El silencio es el homenaje que la palabra rinde al espíritu”. El gran Benedicto XVI se dirigió así a los ingleses: “Os pido que miréis vuestros corazones cada día para encontrar la fuente del verdadero amor. Jesús está siempre allí, esperando serenamente que permanezcamos junto a Él y escuchemos su voz. En lo profundo de vuestro corazón, os llama a dedicarle tiempo en la oración. Pero este tipo de oración, la verdadera oración, requiere disciplina; requiere buscar momentos de silencio cada día. A menudo significa esperar a que el Señor hable. Incluso en medio del "ajetreo" y las presiones de nuestra vida cotidiana, necesitamos espacios de silencio, porque en el silencio encontramos a Dios, y en el silencio descubrimos nuestro verdadero ser. Y al descubrir nuestro verdadero yo, descubrimos la vocación particular a la cual Dios nos llama para la edificación de su Iglesia y la redención de nuestro mundo” (septiembre 2010).

En la 46ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, Benedicto XVI hizo una bella reflexión: En el silencio escuchamos y nos conocemos mejor a nosotros mismos; nace y se profundiza el conocimiento, comprendemos con mayor claridad lo que queremos decir o lo que esperamos del otro; elegimos cómo expresarnos... Si Dios habla al hombre también en el silencio, el hombre igualmente descubre en el silencio la posibilidad de hablar con Dios o de Dios. Cuando palabra y silencio se excluyen mutuamente, la comunicación se deteriora. El silencio es esencial para discernir lo que es importante de lo que es inútil (20 mayo 2011).

Hay que hacer la relación entre el silencio y la presencia de Dios. Los ruidos interiores son muy incómodos y estorbosos. De los ruidos exteriores nos podemos abstraer; de los interiores es casi imposible abstraernos. ¡Cuánto ruido mete la ira! Hasta cegar la mente y cancelar el diálogo divino, nulificando la brisa del Espíritu Santo.

Hay un proverbio árabe que reza así: **Si lo que vas a decir no es más bello que el silencio: no lo digas**. Beethoven decía algo semejante: “Nunca rompas el silencio sino es para mejorarlo”.

“La profundización de las verdades cristianas y el estudio de la teología o de otra disciplina religiosa suponen una educación en el silencio y la contemplación, porque es necesario desarrollar la capacidad de escuchar con el corazón a Dios que habla” (Benedicto XVI, Discurso 23-X-2006).

¿Cuáles son las costumbres angélicas? Guardar silencio y guardar los sentidos; muchos seres humanos han llevado una vida angelical, hablando en sentido figurado.

Hay que pensar también en el silencio de María: María, verdaderamente, entra en el evangelio por la puerta del silencio. María sabía que su puesto estaba en el silencio y en la oración. Hay un contraste notable entre el Pentecostés de los Apóstoles y el Pentecostés de María. Para los Apóstoles fue como un latigazo fantástico que los lanzó incontenibles a la proclamación clamorosa del Evangelio por todo el mundo. Para María, las dos veces, el Espíritu Santo fue el Espíritu del silencio. Allí, en Nazareth, desde el día de la encarnación, María, llena del Espíritu Santo, guarda el silencio más sublime que nunca haya guardado persona humana.

Posee el secreto más grande de la historia; pero María calla. Calla a costa de su propia honra.

María es la Virgen del silencio. Ni una palabra, ni una alusión al imponente secreto en aquellos treinta años de convivencia continua con los vecinos y vecinas de Nazareth. Pentecostés es para María la vocación a un silencio mayor, más profundo. Desde este momento, María desaparece de los relatos sagrados. "Es el Espíritu Santo, el mismo Espíritu que a unos comunica el don de lenguas y a otros el don del silencio"[\[1\]](#).

Pensar en el silencio de José. A San José Dios le pudo haber dado virtudes infusas y no, le dio una vida ordinaria, llena de problemas, y deja a su iniciativa su trabajo y muchas cosas. Él pudo decir: "Señor: no le hago falta al Hijo de Dios, ni a la Santísima Virgen. Soy poca cosa", pero sabía que a pesar de ser poca cosa Dios lo necesitaba, como a ti y a mí, nos quiere necesitar. Es un misterio de amor. Dios quiso llevar una vida ordinaria siendo un contemplativo en medio del mundo, en medio de las dificultades de la vida. San José pasa mucho tiempo en silencio, contemplando la maravilla del Verbo Encarnado.

Tras el "*Magnificat*" de la Virgen viene el silencio; no se dice nada de los tres meses de presencia de María junto a su prima Isabel. O quizá se nos dice lo más importante: el bien no hace ruido, la fuerza del amor se expresa en la tranquila discreción del servicio cotidiano. Con sus palabras y con su silencio, la Virgen María se nos presenta como un modelo en nuestro camino (Juan Pablo II dijo en Lourdes, en agosto del 2004)...

[\[1\]](#) Pedro María Iraolagoitia, *María, el carpintero y el Niño*, Clavería, México, p. 201.